

Pedro Amorós

La extraña victoria



Ediciones
Irreverentes

Pedro Amorós

LA EXTRAÑA VICTORIA

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

© Pedro Amorós, 2012

Imagen de cubierta © Leksustuss

Febrero de 2013

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-15353-48-5

Depósito legal: M-29676-2012

Diseño de la colección: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

*A la doctora Luisa Jimeno,
al doctor Santiago Llorente
y a todos los médicos que me
han cuidado a lo largo de los años.*

PRÓLOGO DEL EDITOR DONDE CUENTA CÓMO
LLEGÓ A SUS MANOS UN MANUSCRITO, *VIVIR
PARA SOBREVIVIR*, ACOMPAÑADO DE ALGUNAS
RAZONES POR LAS QUE SE DA A LA LUZ.

Mi nombre es Amadeo Arce, o eso creía yo. Soy editor de libros y esporádicamente escritor. Hace un par de años decidí alquilar un nuevo local para mi editorial y elegí un pequeño apartamento situado en la calle Montijo, un lugar céntrico de Murcia. A partir de ese momento los resortes del azar se pusieron en funcionamiento dando como resultado la sucesión de una serie de avatares que cambiaron por completo mi vida. Descubrí entonces que mi verdadero nombre era Luis Cerezo y que mi padre, historiador y maestro, había fallecido años atrás en tristes y extrañas circunstancias en Toledo. Descubrí entonces también que mi infancia había transcurrido en Madrid, junto a mi querida madre, y que mi pasado estaba engarzado en una fascinante historia que se remontaba al año 1917.

Averigüé entonces, finalmente, que toda o quizá una parte de esa *fascinante* historia se encontraba recogida en un manuscrito —en realidad un montón de folios amarillentos— que me habían entregado en una vieja casa en ruinas, cerca de Tarragona. Todo eso ocurría en el verano de 1993. Pero es algo que alguien ha contado ya en otro lado y no merece la pena insistir en el tema.

Ahora bien, hace unos meses andaba yo precisamente pensando en ese manuscrito, arrinconado desde tiempo atrás en uno de los anaqueles de mi biblioteca particular de la editorial, cuando, mientras disfrutaba de la temperatura primaveral en uno de los balcones del apartamento, recibí la llamada telefónica de mi amigo Salva, a la sazón actor y productor de cine. Durante unos minutos estuvimos hablando de su padre, de sus vicisitudes, de sus achaques y, sobre todo, de las memorias que había escrito en los últimos años. Salva trataba de justificar —sin ninguna necesidad— esas *memorias* argumentando que su padre había tenido una vida muy ajetreada. Me pedía que leyera sin compromiso por mi parte unas cuantas páginas para ver si merecía la pena una posible publicación. Le contesté que no había ningún problema, que para eso estaban los amigos, y los editores. Días después nos reunimos en la cafetería de la Escuela de Arte Dramático, donde Salva ensayaba una obra de teatro cuyo título ahora mismo no recuerdo. Me entregó en total veintiocho hojas, el inicio de las memorias de su padre, una especie de transcripción que el propio Salva había preparado a partir de las notas escritas por su progenitor. En la cabecera de la primera página se leía lo siguiente: *Vivir para sobrevivir. Memorias de...* Dos semanas más tarde llamé a mi amigo. Estaba decidido a leer la historia completa de su padre. Emocionado, tenía la necesidad de

saber más cosas, sentía una especie de inquietud. No mucho tiempo después, Salva me acompañó a casa de su padre, en Patiño, a las afueras de Murcia. Al entrar en el patio de la enorme casa me encontré ante un hombre mayor, de unos setenta u ochenta años, ojos grandes, nariz respingona, rostro lleno de bondad. Rezumaba vitalidad por todos los poros de su cuerpo. Me presentó a su mujer, pieza clave en toda esta historia, como luego se verá. La tarde resultó muy agradable, enriquecedora y fructífera. El padre de Salva me pasó cinco libretas de notas en donde se contaban las peripecias de su vida y algunos documentos aislados. Recuerdo, como si fuera ahora, que al despedirme para volver a casa la madre de Salva se acercó con paso lento y me ofreció un cesto lleno de naranjas que había recogido en la huerta. Un mes más tarde, una vez hube leído las memorias, retorné a Patiño. Tenía preparadas una gran cantidad de preguntas al anciano y estaba dispuesto a editar el libro, pero necesitaba realizar unas pequeñas correcciones. Sugerí al padre de Salva presentar el manuscrito tal como se había escrito, cambiando tan sólo algunos nombres para dar al relato un aire de ficción, aunque se tratase de una historia real. No hubo ningún problema.

La novela que a continuación se presenta cuenta una historia real que se extiende desde 1929 hasta 1994, y cubre varias fases de la vida en nuestro país a lo largo del siglo XX, desde la dictadura de Primo de Rivera hasta los tiempos democráticos actuales, pasando por la segunda república, la guerra civil y la dictadura de Franco. En las páginas de esta novela se narra la historia de un hombre que —como los boxeadores caídos una y otra vez sobre la lona, siempre dispuestos a levantarse para continuar la lucha— ha sabido reponerse a las continuas desgracias, ofreciendo como regalo, además de

su valentía y su arrojo moral, variopintas notas de humor y una alegría contagiosa y digna de encomio. A través de su historia se descubre el esfuerzo de un país para salir adelante en medio de la miseria.

El editor, LUIS CEREZO.

Murcia, 6 de septiembre de 1995

LIBRO PRIMERO:

DE CÓMO SE ESCRIBE LA HISTORIA
DE LA GENTE HUMILDE EN ESTA ÉPOCA
Y EN TODAS LAS ÉPOCAS.

CAPÍTULO PRIMERO: DONDE SE CUENTAN MIS AVENTURAS INFANTILES EN UNA HACIENDA DE LAS DE ANTES Y DE UN CURA QUE GRITABA EN UN PÚLPITO Y DABA VUELTAS POR LOS PUEBLOS COMPROBANDO CÓMO LA GENTE TRABAJABA EN DOMINGO.

Me llamo Juan Serrano. Nací en un barrio a las afueras de Murcia, un 11 de abril de 1929. No recuerdo haber tenido ningún amigo en mi infancia. La relación diaria con mis hermanos fue casi inexistente. En los cinco meses que acudí a la escuela tan sólo aprendí un poco a leer y escribir. Mi primer y único juguete fue una azada. De pequeño, recién cumplidos los seis años, ya ayudaba a mi abuelo en la siega del trigo. Acostumbrado a ir descalzo en ocasiones, las plantas de mis pies estaban tan endurecidas que era incapaz de sentir dolor al pisar las zarzas de los cañares. Disfrutaba de una salud de hierro y era plenamente feliz, aunque me entristecía un tanto pensar que no podía estar en el colegio. Con nueve años empecé a trabajar, quince horas al día, como mozo en una hacienda. Mi cometido era, básicamente, segar la hierba y cuidar de los animales. Apenas dormía. He recibido promesas de todo tipo en esta vida, de dueños de hacienda, de militares, de médicos. Muy pocas se han cumplido.

En una ocasión, un presunto amigo mío me comentó que mis jefes me tenían esclavizado, lo cual seguramente era cierto. Mi respuesta, no obstante, —llena de enfado— no se hizo esperar: «¿Tú me has mirado a la cara?», le dije. «¿Tú crees que tengo cara de imbécil? Escucha bien porque te voy a decir las razones por las

cuales trabajo tanto. Primero: quito una boca de la mesa en mi casa. Segundo: en los tiempos de hambruna que estamos viviendo yo me hartó a comer. Tercero: soy lo bastante fuerte como para aguantar quince horas trabajando sin notar el más mínimo cansancio. Y cuarto: soy lo bastante inteligente para que no tenga que venir ningún imbécil a decirme lo que he de hacer». Recuerdo que debía llevar pocos días trabajando en la hacienda cuando cierta mañana se presenta mi jefe y me dice: «Mañana jueves voy a ir al mercado. Te compraré una azada para que puedas recortar los márgenes. Así las malas hierbas no entrarán en el bancal. Pero será una azada pequeña, que puedas manejar bien». Cuál no sería mi asombro cuando al día siguiente aparece con una azada que no era grande sino grandísima. Al contemplar entre admirado y asustado ese engendro le dije con un poco de sorna: «¿No había dicho usted que iba a traer una azada manejable?». Su respuesta fue clara y tajante: «Valía lo mismo una grande que una chica. Eres fuerte y tienes toda una vida para desgastarla».

En aquella época los curas tenían la costumbre de celebrar una misa a las seis de la mañana los días festivos. Solía llegar a la iglesia un poco tarde, aunque los amos de la hacienda me despertaban hacia las cinco y media, de modo que cuando entraba en el recinto sagrado todos los bancos estaban ocupados. Así pues, adquirí el hábito equivocado de situarme justo debajo del púlpito, el lugar, por cierto, desde el cual los curas lanzaban el sermón. Era frecuente que a los cinco minutos de estar acomodado en la iglesia me quedase durmiendo y era también frecuente que el cura me despertase, gritando como un poseso, siempre con la misma frase: «Por vosotros lo crucificaron». Lógicamente, me solía despertar con muy malas pulgas y

lo que yo pensaba en esos momentos no es oportuno plasmarlo aquí porque podría herir la sensibilidad de las beatas y los beatos que suelen ir a misa únicamente para ser vistos. Corría por aquel entonces el año 1943 y había cumplido catorce años. Por esas fechas, los curas trataban de inculcar la idea de que las buenas obras realizadas eran correspondidas con indulgencias. A menudo pienso en las indulgencias que habría ganado mi jefe si me hubiera dejado dormir hasta las ocho de la mañana. El principal problema, por tanto, que tenía en aquella época era que mi cuerpo se resentía por la falta de sueño. La situación empeoró cuando el propietario de la hacienda compró un par de vacas de labranza porque las horas de trabajo se intensificaron. Cierta día, yendo a regar —a las 3 de la mañana— unas tierras que se encontraban a kilómetro y medio de mi casa, me quedé dormido sobre el sillín de la bicicleta y fui a parar de cabeza a un maizal. En otra ocasión, siendo las 5 de la mañana, me fui con las vacas a labrar con el objeto de sembrar maíz. Pero, como el arado estaba en otras tierras, tuve que dejar las vacas en el camino y dirigirme hacia el lugar donde estaba el apero. Una vez allí, me senté junto al arado para quitarme la harina que tenía en las alpargatas, producto de mi trabajo nocturno al cerner cien o ciento cincuenta kilos para hacer pan. La cuestión es que mientras sacudía una de mis zapatillas me quedé durmiendo con la mano en alto. Las vacas, a su libre albedrío, decidieron volver con su amo. Por la mañana, mi jefe contempló el espectáculo de los animales diseminados por el porche de su casa. Con un enfado de mil demonios me buscó por toda la finca hasta encontrarme en la postura que ya he señalado, completamente dormido. Al contemplarme remitió su furia y salió a la luz el lado humano que todos tenemos —algunos muy escondido, por cierto—.

Cuando cumplí dieciséis años el dueño de la hacienda trató de engatusarme con una promesa a largo plazo: una casa y un trozo de tierra para el día de mi boda. A mí, la verdad, esto me sonaba a chino. De hecho, el menor de los hijos de mi jefe, quizá mi único amigo, me advirtió de que no me hiciera ninguna ilusión al respecto. Recuerdo que me dijo: «No te fíes demasiado de las promesas de mi padre y de mi hermano. Enfoca tu vida como creas conveniente y podrás prosperar mejor». Pasaron los meses y, como mi situación en la hacienda no mejoraba, decidí plantear a mi jefe la siguiente disyuntiva: o empezaba como panadero por la noche —aunque siguiese con el mismo horario durante el día— o me largaba. Aceptada mi proposición pasé a trabajar veinte horas y me convertí en oficial de masas. Entonces mi sueldo subió hasta quinientas pesetas (antes cobraba quince), aunque para el caso daba lo mismo, porque, en realidad mi paga era nula ya que la recibían mis padres en pan. Como prácticamente no tenía tiempo de descanso, experimentaba alegría con cualquier ofrecimiento que me permitiese salir de la rutina diaria. Cierta día, el hijo menor de mi jefe me invitó a ir al cine. Era la primera vez que veía una película y estaba como un niño con zapatos nuevos. Pensando en la forma de no quedarme dormido tomé la determinación de llevarme una botella de agua, pero a la media hora ya estaba vacía, por lo que recuerdo que mi primera experiencia en el cine fue un auténtico sufrimiento. El sueño me vencía a pesar de mi fortaleza. Llegó un momento en que mi cuerpo me pedía dormir como mínimo dos o tres días. Por eso decidí preparar una treta en connivencia con el aprendiz de la panadería. Tenía localizado un lugar en donde no me podrían encontrar aunque estuviesen buscando hasta el fin de los tiempos. Era un falso techo

situado encima de la cocina y que tenía una abertura de unos cincuenta centímetros de largo por unos cuarenta de ancho. Preparé dos panes grandes, dos botellas de agua y cogí una manta. Con una pequeña escalera subí hasta mi escondite y quedé de acuerdo con el aprendiz en que no debía abrir la boca aunque pasasen varios días. «Ya daré señales de vida», le dije, «cuando me harte a dormir». Tras pasar dos noches hice mi aparición después de haber estado buscándome la guardia civil. Mis padres no se habían preocupado por el asunto porque ya les había avisado de que una cosa de este tipo podía pasar cualquier día. Por cierto, cuando mi jefe me vio se puso como un energúmeno, lanzando improperios por la boca. Tras la tempestad ocasionada por sus palabras le contesté apaciguador de este modo: «No se ponga usted flamenco o desapareceré y no me verá más».

Yo imaginaba que el dueño de la hacienda no iba a dejar las cosas de esta guisa, sabía que tenía preparada una especie de revancha. Su idea era la siguiente: se había puesto de acuerdo con el dueño de una panadería situada al final del paseo Marqués de Corvera para que sustituyese a su oficial de masas, enfermo, durante unos cuantos días. Como tenía que andar cerca de tres kilómetros desde la hacienda hasta la panadería de la calle Corvera, apenas me iba a quedar tiempo para dormir. De ese modo, mi jefe esperaba que, fruto del cansancio, yo hiciese el ridículo delante del dueño de la panadería y me pudiese espetar alguna frase parecida a ésta: «Tú nunca serás un buen panadero». Pero yo me adelanté a los acontecimientos y el día que me presenté en mi nuevo trabajo le comenté al panadero mi situación, le advertí que trabajaba en el campo desde las cinco de la mañana hasta las once de la noche, y que, luego, casi

no tenía tiempo para dormir si debía llegar al paseo Corvera. El buen hombre se apiadó de mí, quizá observando el lamentable estado en que me encontraba. Me acercó a una pequeña habitación situada junto al horno y me indicó una cama donde podía descansar tranquilamente unas cuantas horas. Luego añadió: «No te preocupes. Mañana solucionaremos este problema». Esa noche dormí diez horas de un tirón. Pero al amanecer pensé que debía manejar el asunto a mi manera. Una vez de vuelta en la hacienda le dije a mi jefe que no me interesaba ir más al paseo Corvera y que el oficial de masas ya se había recuperado de su enfermedad. Además, añadí lo siguiente: «Han quedado muy contentos conmigo y tengo trabajo allí cuando quiera». A partir de ese día mi situación mejoró un poco. El dueño de la hacienda ponía todo su empeño en que aprendiera el oficio de panadero, pero me di cuenta rápidamente de cuáles eran sus verdaderas intenciones. Trataba de engatusarme, nuevamente, con el apego al oficio, para que no pensara en emigrar. Pretendía que el pájaro no volara del nido. Además, me concedió una pequeña paga para mis gastos, cincuenta pesetas al mes. Pero, claro, ¿cómo iba a emplear ese dinero si no tenía tiempo de ocio? El dinero se fue guardando y, poco antes de ir al servicio militar, compré una cerda preñada y tres corderos pequeños para el recrío que fueron a parar a casa de mis padres.

En aquella época no existían días festivos ni días de lluvia para un mozo, ni siquiera fiestas patronales. Después de la misa de domingo tenía que ir a segar hierba para dar de comer a los animales, y, en los días de lluvia, me dedicaba a desgranar el maíz en una habitación situada encima del horno. El cura que prestaba sus servicios espirituales en la zona donde vivía —y que era, casualmente,

hermano de mi querido jefe— tenía la bendita costumbre de darse una vuelta por el pueblo con la intención de comprobar si la gente estaba trabajando. En los tiempos que corrían, en los que el dinero era muy escaso y el tiempo de ocio prácticamente inexistente, era frecuente que las casas de la huerta se construyesen aprovechando el domingo y que en la operación participase no sólo la familia sino también la comunidad de amigos. El cura disfrutaba poniendo el grito en el cielo argumentando que los *trabajadores dominicales* se iban a condenar. Esta pobre gente, entonces, corría el riesgo de ser denunciada a las autoridades pertinentes, sufrir una multa y ver paralizada su obra. Cierta día que el señor cura se acercó por la hacienda a ver su hermano me dirigí a él en estos términos: «Dice usted que la gente que trabaja en día festivo está en pecado mortal. Pues yo le puedo asegurar que mi mayor ilusión sería quedarme durmiendo el domingo hasta bien entrada la mañana y descansar plácidamente, que fue lo que hizo Dios el séptimo día. Lo que me gustaría saber ahora es quién está en pecado mortal, mi jefe que me obliga a trabajar en domingo, yo que me veo obligado a hacerlo o usted, pastor de todas las almas, que recrimina a esos pobres diablos que tienen el domingo como único día libre para construir las casas donde cobijarse. ¿Por qué no le dice a su hermano que Dios descansó el séptimo día?». No recuerdo ahora mismo la respuesta del señor cura. O quizás no quiera recordarla. Tanto da.

CAPÍTULO SEGUNDO: EN DONDE SE HABLA DE UN TORO DE CARTÓN PIEDRA, DE LA COLA DE UNA BURRA Y DE UNOS PANTALONES RAÍDOS QUE ME REGALÓ MI JEFE.

Desconozco la razón por la cual todas las riadas importantes llegan a altas horas de la noche, pero una de las más grandes que se han conocido en Murcia tuvo lugar por aquellos días. El caso es que, en una noche que llovía a mares, el agua había inundado el sótano de la hacienda por lo que debía sacar los cerdos que deambulaban por el lugar para trasladarlos a unos doscientos metros de la casa, a un sitio al que los lugareños denominaban El Puente Alto. En medio de la atronadora lluvia, a mitad de camino del dichoso puente, se le ocurre a un cerdo escaparse de la manada y a mi jefe seguir su pista por el resbaladizo fango. A todo eso, el cura se había acercado a la hacienda para tratar cierto asunto con su hermano. Llegó justo a tiempo de verlo caído en el suelo y hecho un pingajo de barro. Mi jefe, que tenía una boca que parecía una ametralladora cuando estaba enfadado, empezó a blasfemar sin poder contenerse. Entre todas las maldiciones que soltó por su boca recuerdo una que decía más o menos así: «Me cago en todo lo nacido. Así viniera una que nos fuéramos todos haciendo rallas con la picha en el cielo». A lo cual el cura contestó del siguiente modo: «Hermano, qué bruto eres». Pero como mi jefe no estaba para bromas cerró la conversación nocturna de forma rotunda: «Tú vete a tu iglesia, no sea que también haya algo para ti».

Por aquel entonces había cumplido dieciocho años y había intentado, nuevamente —dos veces, en ambos casos sin éxito—,

dormir quince o veinte horas seguidas, oculto en los lugares más insospechados. Recuerdo que, en cierta ocasión, fue mi propio padre el que me encontró en mi escondrijo secreto. Se acercó al lugar donde descansaba plácidamente y me dijo con voz suave: «Juan, levántate que te están buscando». Mi padre nunca mentía. En otra ocasión fue mi propio jefe el que intuyó donde me hallaba escondido. Debían haber pasado ya cerca de dos horas —sin conseguir conciliar el sueño todavía, aunque parezca increíble— cuando escuché la voz de mi jefe gritando con todas sus fuerzas: «Me cago en toda mi generación. Ya sé donde está. Se ha metido dentro del toro». Efectivamente, allí estaba yo, en el hueco que tenía, en el centro, un toro de cartón piedra que se hacía para las fiestas de Patiño, un pueblo situado a las afueras de Murcia. En el hueco se solía colocar un individuo —bien pertrechado y protegido— cargado con una caja de carretillas para hacer frente a todos los muchachos del pueblo que intentaban quemar el toro durante las fiestas. Pues bien, allí estaba yo, en el hueco del toro.

En esa época ya pensaba únicamente en el servicio militar. Mi obsesión era convertirme en cocinero y todos mis esfuerzos se concentraban en ese objetivo. Contaba los días que faltaban para ir a servir a mi patria pues entendía que el servicio militar era una especie de salida a la vida anodina y sufrida que llevaba en la hacienda. La mili, además, daba alas a mi imaginación. Tenía que incorporarme a filas al pasar domingo de Ramos y daba la casualidad de que la madrugada de ese día era costumbre en aquellos tiempos intercambiar las macetas de algunas chicas y realizar algunas trastadas, sobre todo a gente arrogante y soberbia. Nuestro objetivo —la hazaña era compartida por varios mozos del pueblo— era un carro atado a

un manzano con una cadena. Hacia las doce de la noche, mientras todo el mundo dormitaba, golpeamos con una barra de hierro la cadena que sujetaba el carro, cogimos una rueda y nos fuimos a la plaza del pueblo donde se elevaba, soberano, un poste de la luz eléctrica de unos nueve metros de altura. Me quedé descalzo con una cuerda amarrada a la cintura —una cuerda fuerte y resistente que había mantenido en agua durante ocho días— y subí hasta la parte superior del poste, anticipando a modo de premonición, con esta acción, mi futuro trabajo. La rueda, finalmente, quedó colgada del poste de la luz eléctrica. Yo sabía que aquel asunto causaría revuelo. A las diez de la mañana del domingo de Ramos, el dueño de la rueda en cuestión se acercó hasta el lugar donde en ese momento estaba segando hierba y me dijo lo siguiente: «Ya puedes bajar del poste la rueda». «¿Qué me está usted diciendo?», le contesté, «yo he estado toda la noche en el horno haciendo pan». Poco después apareció la guardia civil. Uno de los miembros de la benemérita insistió en la misma idea: «Mañana quiero que la rueda esté en el suelo». Estos señores de la guardia civil estaban muy bien avenidos con mi jefe, de modo que se me ocurrió el siguiente comentario: «Si preguntan a quien ustedes saben les dirá donde he estado toda la noche. Además, mañana salgo para Valencia a servir a mi patria. Si tan seguros están de que he colaborado en la subida de la rueda ya pueden detenerme. Así me ahorraré ir a la mili y haré un favor a mi jefe que está loco buscando a alguien que le dé tanto juego como yo». Según me contaron más adelante, la rueda permaneció en el poste hasta que vinieron los empleados de la compañía eléctrica.

Se acercaba la hora de la partida a Valencia y me quedaba por perfilar un último detalle: la maleta. Pensé que lo más apropiado

sería no realizar gastos innecesarios y emplear la misma maleta de madera que mi hermano se había llevado al servicio militar dos años antes, pero como se encontraba muy deteriorada requería urgentemente de una mano de pintura que le restituyese su color original. Contemplé mis utensilios de trabajo: disponía de un bote de pintura —seguramente el mismo que mi hermano había utilizado dos años atrás— pero no tenía brocha. Y el problema era que me encontraba en la finca Los Teatinos, el lugar donde trabajaban mis padres ejerciendo de caseros, a cinco kilómetros de Murcia. Estaba preocupado, sumido en hondas tribulaciones, cuando mi atención se centró en una burra que estimaba mucho el jefe de la finca. Mi mirada se fue directamente hacia la cola del animal, hermosa y bien cuidada. Sin pensarlo un instante cogí unas tijeras y corté la parte necesaria para conseguir mi anhelada brocha. De ese modo pude restituir el color original de la maleta. Luego enterré la improvisada brocha. Al atardecer bajé a Patiño con mi flamante valija. La verdad es que en ese momento la maleta estaba completamente vacía, pues unos días antes, mientras trabajaba en la panadería, algunos indeseables habían entrado en la habitación donde dormía en la hacienda y me habían robado lo poco que tenía, de modo que iba con lo puesto, y, evidentemente, mis padres no disponían de dinero para comprar ropa. La mujer de mi jefe, muy comprensiva, me regaló unos pantalones raídos. Yo no quería aceptar ropa usada, pero la alternativa era viajar con unos pantalones que se caían a trozos. Esa noche todavía tuve tiempo de prepararme dos panes, estilo casero, muy metidos en harina y sin nada de aditivos. En la cama apenas pude conciliar el sueño. Pensaba obsesivamente en cómo lograr una plaza de cocinero. A la mañana siguiente, antes de ir a la estación, fui a

buscar mis dos panes caseros y terminé de convencerme, si no lo estaba ya, de lo poco que podía esperar de mi jefe. Después de buscar infructuosamente por todos los rincones de la finca no encontré ni rastro de los panes, de modo que le pregunté al hijo mayor de mi jefe sobre el asunto en cuestión. Su respuesta fue la siguiente: «Es que ha venido un amigo y se ha empeñado tanto en que le vendiera los panes que al final he aceptado». Pero al ver la cara que yo ponía mientras él explicaba la no tan misteriosa desaparición de los panes añadió lo que sigue: «Si quieres hablo con mi amigo, o también puedes llevarte varios chuscos del horno si lo prefieres». «Ya sabía yo», contesté después de conseguir una cierta calma, «que no podía esperar mucho de ti, pero no pensaba que fueras tan ruin con un señor que durante catorce años ha comido en la misma mesa que tú. ¡Y qué puedo decir de tus padres! Han dicho infinidad de veces que yo era como un hijo para ellos. Pues bien, si hacéis esto con alguien a quien consideraréis un hijo qué no haréis con el resto».

A las diez de la mañana del día siguiente me presenté en la estación del Carmen con intención de coger el tren a Valencia. En la maleta llevaba varios panecillos, un poco de tocino y una ristra de longanizas y blancos. En el bolsillo de mis pantalones dos pesetas. El ambiente estaba caldeado. El andén de la estación lleno de reclutas. Una vez dentro del tren borreguero empecé a confraternizar con mis futuros compañeros. Pude comprender rápidamente que la extracción social de la mayoría de los reclutas —«humilde»— era más o menos la misma, excepto algunos mejor situados que iban voluntarios a aviación y se quedaban en la provincia. Pero mi mente estaba en otro sitio, proyectaba imágenes sobre el futuro. Me acomodé en un rincón del vagón, sobre la paja que cubría el suelo, y cerré